nos meneamos de lo lindo. Llovía por si fuera poco, y los trajes de verano y las vestimentas de crucero por el Mediterráneo se veían rebasados por un frío húmedo y desapacible. Por otra parte, el prematuro baile pilló a los estómagos con poca escuela naval, y un buen observador, a pesar de la niebla, hubiese señalado desde la costa el triste espectáculo de un barco con todo el pasaje lamentablemente asomado a la borda. Pasamos cabo Prior, la altura de La Coruña, las islas Sisargas, el cabo Villano, el NO extremo, el Finisterre, el fin de la tierra, y a más de una chica aquello le pareció el fin del mundo. Pero más vale que no intente presumir, porque también yo anduve al borde del precipicio, a pesar de mi veteranía y de que contaba con un certificado en el que don Gabriel Líbano testimoniaba que de Buenos Aires a Bilbao no me mareé jamás.

Quisieron hacerme un favor, y después de cantarme las excelencias de la soledad —un camarote con ducha al lado, y servicio, y dos taquillas y una mesa para poder trabajar— me fuí con todo el equipaje a la Enfermería de Infecciosos. El nombre no me hacía mucha gracia, pero todo lo demás sí. Estaba la enfermería a proa, casi con los delfines que van jugando a los niños delante de la música del regimiento: me gustó el camarote y comencé a instalar mis bártulos. Aquello se movía de una manera desconsiderada, pero decidí tumbarme un poco en la litera y evitar el mareo. Al poco rato veía mis pies mucho más altos que la cabeza, y de repente la cabeza se remontaba sobre los pies y era como si me hubiese levantado para saludar a una alteza real que viniera a visitar a un infeccioso. Dejé los trastos allí y me fuí a cubierta a despejarme. En la nuca tenía una bola de acero que daba saltitos y que presionaba sobre los ojos, obligándome a mirar fijo, siempre fijo. Sacudí la cabeza y olí el viento y soporté la lluvia como un borracho aguanta la ducha fría. Un par de horas después ya me encontraba en condiciones de declarar que en modo alguno estaba dispuesto a vivir en la Enfermería de Infecciosos, justamente por eso, porque quería vivir. A derecha e izquierda de mi puesto sanatorial abundaban los rastros de una jornada tremenda. Yo estaba a barlovento y ellas no sabían que al depositar confidencias en el mar conviene colocarse a sotavento; pero no tuve fuerzas para marcharme a otro sitio. En la cámara apenas había nadie a la hora de comer, y el capitán y el capellán se reían bastante de todos. Yo comí pan en cantidades fabulosas y procuraba remojarlo en un vino que todavía guardaba una honesta relación con las vides. Tiempo después el vino era alarmantemente parecido al agua, aunque, eso sí, con cierto color que incluso llegaba a ilusionar siempre que no se cometiese el error de confundirlo, realmente, con vino.

Hasta la altura de Lisboa llevamos mal tiempo. Pasada Lisboa mejoró, y entonces París pudo comenzar los ensayos. En la mañana del 15 intentó desplegar por cubierta músicos y danzarinas, pero todos los grupos andaban cojos, y puedo asegurar que pasearse por el pasillo de los músicos era una penitencia que hubiese tornado en santo patrón de la templanza al hombre más inclinado a la gula. De los dos más pequeños, uno se mantuvo bien y hasta quiso ejercer de espíritu consolador. Carmelo Llinares Lucas dejó todos sus cuartos en el bar, a fuerza de comprar limones y limonadas para las chicas. Como un sir Galahad, acudía en socorro de las doncellas desvalidas, y tras sus gafas era a ratos un hada, a ratos un Ama-

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Consigna. #164, 1/9/1954.